

Independencia, socialismo y juventud

Iñaki Gil de San Vicente

0. PRESENTACIÓN

1. VIEJOS ARGUMENTOS INTIMIDADORES
2. CAPITALISMO HISTÓRICO Y OPRESIÓN NACIONAL
3. CONDICIONES OBJETIVAS Y CONCIENCIA SUBJETIVA
4. LA JUVENTUD COMO FUERZA REVOLUCIONARIA
5. EL MARXISMO COMO TEORÍA ABERTZALE

0. PRESENTACIÓN

Este texto tiene el objetivo de plantear algunas reflexiones teóricas sobre cuestiones de urgencia muy presente que afectan a la militancia juvenil tanto porque surgen del interior mismo de las contradicciones que le afectan, como porque están en el orden del día en los debates internacionales desde que la nueva oleada de luchas populares, sociales, etc., empezó a recorrer el capitalismo mundial. Como siempre que se asiste a una nueva participación de la juventud en las luchas, la prensa burguesa y sobre todo la reformista, se lanzan a popularizar conceptos ambiguos, tramposos, polisémicos, que confunden y dificultan la necesaria relación mutua entre la práctica y la teoría. La última vez que sucedió una situación así, con la fuerza parecida a la actual, fue la crisis prerrevolucionaria mundial de finales de la década de 1960 y toda la década de 1970. De entonces a ahora también ha habido situaciones parecidas pero no ha alcanzado la fuerza de entonces y tampoco la que ahora se está gestando. No podemos mostrar ahora cómo la prensa burguesa y reformista, pero sobre todo la de los partidos comunistas oficiales de origen stalinista, hicieron esfuerzos impresionantes para ocultar la realidad de lo acaecido desde finales de 1960 hasta finales de 1970 y en algunos países de comienzos de 1980, pero sí hay que decir que ahora, desde finales de 1990 y para desactivar la oleada de luchas que ya comenzaron a mediados de esa década e incluso un poco antes en algunas zonas, están haciendo lo mismo.

Con la excusa del uso múltiple del concepto de "globalización" y desde el choque que supuso la batalla de Seattle y las posteriores para quienes no estaban al tanto del surgimiento de otras luchas más fuertes y decisivas, se ha popularizado -han popularizado- el término de "antiglobalización", y con él una sopa ecléctica de supuestas "nuevas teorías" que de un modo u otro vuelven a "demostrar" la enésima "muerte del marxismo". Son, en realidad, teorías tan viejas como las que ya aparecieron a finales del siglo XIX. Resurge así la tradicional necesidad de los marxistas por aclarar determinadas cuestiones, y sobretodo, por hacerlo desde y para la práctica revolucionaria en sus naciones, en sus países, en sus centros de trabajo y de explotación asalariada, de estudios, de explotación doméstica, sexual, etc. Pero aquí, en las páginas que siguen, solamente hemos podido desarrollar algunas ideas sobre las tareas de la juventud, la independencia nacional vasca y el batiburrillo de modas intelectuales.

1. VIEJOS ARGUMENTOS INTIMIDADORES

El domingo 31 de marzo del 2002 el periódico español *El País* dedicó dos artículos a mostrar, en el primero, las ataduras económicas y comerciales, además de administrativas, burocráticas, de representación internacional, etc., que la CAV, en general Hegoalde, tiene hacia el Estado español. Y en el segundo, la "mala imagen" que tienen las empresas vascas como efecto del "terrorismo". Las ataduras, relaciones y dependencias tan fuertes y sólidas, según este periódico, impedirían cualquier

utopía independentista vasca porque al romperse o debilitarse en extremo los lazos económicos, legales, administrativos y políticos con el Estado español, más temprano que tarde, si no inmediatamente, la economía vasca entraría en una caída libre hacia la pobreza, el desabastecimiento, el atraso tecnológico, el aislamiento total con respecto a la economía mundial y europea, la indefensión por pérdida de competitividad ante esta economía al carecer de la "protección" del Estado español, etc. Como consecuencia de semejante desastre, la realidad social vasca se deterioraría hasta lo insostenible.

El País no dice nada nuevo. Solamente repite en el momento actual lo que desde hace mucho tiempo afirman tanto los españoles como los regionalistas. Los españoles, sean de derechas o de izquierdas, han dicho siempre por activa o por pasiva que la independencia vasca, además de no tener cabida en la "ley" y en la "democracia" –su ley y su democracia–, es económicamente inviables. Los españoles de derechas lo dicen desde sus intereses capitalistas; y los de izquierdas, sin precisar ahora sus diferencias pero, en la práctica objetiva "izquierdas" dentro de un Estado que no es sino una *cárcel de pueblos*, sólo proponen, y como mucho, crear un "marco federal" que milagrosamente resolverá todos los problemas existentes. Por su parte, el regionalismo ha dicho por todos los medios que la independencia no es posible porque nos hundiríamos en la pobreza, y solamente y no siempre, ha recurrido a esta idea en momentos puntuales de reafirmación propagandística para consumo de sus bases populares. En la práctica diaria y durante años, el regionalismo ha practicado un auténtico *unionismo económico* con el Estado, ligeramente disfrazado y envuelto con el celofán del estatutismo y a lo sumo del "pacto con la corona". Únicamente cuando la presión popular y social creciente desde la mitad e la década de 1990 a esta parte, que demanda pasos y conquistas prácticas en el camino de la independencia nacional, sólo bajo esta presión, el regionalismo ha aumentado ligeramente su demagogia al respecto. Sin embargo, en los momentos decisivos, ha sido el interés socioeconómico de clase -los lazos capitalistas con el Estado español- el que ha hecho fracasar estrepitosamente toda veleidad independentista en el regionalismo. No negamos que hayan existido otras razones, que las hay, pero también tienen una base económica como es el caso de las amenazas españolas y los intereses corporativistas y de burocracia partidista del PNV, amenazados por el ascenso electoral de la izquierda abertzale.

Ahora bien, pese a ser un "argumento" viejo, no por ello pierde efectividad ya que su fuerza no radica en su razón sino en su sinrazón, en el miedo que impone, en las fuerzas irracionales que activa y en el reforzamiento de la ideología capitalista que logra. Como sucede con todo lo relacionado con la economía capitalista, su realidad aparece encubierta, invertida, tergiversada y velada porque la economía capitalista nunca aparece en la realidad tal cual ella es realmente, sino que aparece como lo que no es, aparece de forma inversa y opuesta a como es en su esencia. La causa de esta discordancia, que sólo el marxismo ha puesto al descubierto, radica en la propia naturaleza del proceso de producción basado en la propiedad privada y en la lógica de la explotación. No podemos extendernos en detalle ahora en esta cuestión pero esperamos dejarlo lo suficientemente claro en las páginas que sigues. Para colmo, además de esto, también la dominación española ayuda mucho a falsear la realidad, a impedir que se descubra la razón verdadera de las ataduras económica y a cerrar toda perspectiva de libertad e independencia nacional fuera del marco estatal impuesto.

Por estas razones es conveniente empezar desde abajo, desde las raíces históricas de la opresión y desde la lógica misma del proceso de explotación capitalista para captar correctamente la unidad indisoluble entre opresión nacional y opresión capitalista, y para sentar las bases de comprensión del papel de la juventud abertzale en el proceso de liberación nacional y construcción de Euskal Herria.

2. CAPITALISMO HISTÓRICO Y OPRESIÓN NACIONAL

Este pequeño repaso era conveniente porque nos lleva al centro del problema de la independencia nacional de cualquier pueblo oprimido, y por tanto, también del nuestro, de Euskal Herria. Este

problema no es otro que el de la capacidad de dicho pueblo para ser propietario de las riquezas que produce. Aquí, y aunque no podemos extendernos, por riqueza debemos entender el conjunto de bienes materiales e inmateriales, de economía y cultura, de carreteras y de la lengua, de infraestructuras y de tradiciones, de campos de pasto y agricultura y de reservas naturales, de universidades y de deportes populares, etc., bienes materiales y espirituales acumulados durante generaciones de trabajo y convivencia, también de explotación de género y de clase. Pues bien, son estos bienes los codiciados por el Estado ocupante, y la nación ocupada no es libre para hacer lo que quiera con sus bienes, ni incluso para decidir ella misma qué bienes quiere hacer, siempre teniendo en cuenta la lucha de géneros y de clases dentro de la nación oprimida, y la voluntad de la clase dominante. De este modo, la libertad nacional se recupera cuando el pueblo oprimido puede decidir él mismo qué hace y, lo que es igual de importante, qué hace con lo que hace, es decir, con lo que produce, con su excedente, con lo que sobra tras el consumo de lo que ha fabricado y creado.

En contra de lo que dice la propaganda del Estado ocupante, que afirma que invierte en la nación ocupada para aumentar su desarrollo económico, para modernizarla o, en palabras clásicas, para "civilizarla", pese a esta propaganda, en realidad sólo invierte las sumas imprescindibles para garantizar la continuación del saqueo, del expolio, del robo generalizado. Si el Estado ocupante sólo quiere arrasarlo cuanto antes con toda la riqueza acumulada por los invadidos, entonces no gasta ni una peseta en ese pueblo, sólo se lleva todo lo que le interesa y hasta destruye el resto. Pero si quiere sangrarlo y estrujarlo durante todo el tiempo posible, entonces debe invertir algunas cantidades de dinero, debe cuidar al menos las carreteras, los puentes y los puertos siquiera para permitir que ese pueblo siga trabajando, y para que pasen por esas carreteras y puentes los bienes expoliados por el ocupante. Esta forma de "preocuparse" por el invadido es tan vieja como la costumbre de los romanos de hacer carreteras y puertos, fundar ciudades en sitios estratégicos y crear una burocracia incluso autóctona pero decididamente fiel al ocupante para facilitar el rápido flujo hacia Roma del comercio y de los impuestos obtenidos en el pueblo ocupado.

La evolución socioeconómica posterior, en especial el capitalismo, ha hecho que los grandes Estados colonialistas primero y luego imperialistas, invirtieran lo imprescindible para asegurar la continuidad y, en todo caso, el aumento de los beneficios obtenidos con la ocupación. Del mismo modo que ningún empresario individual invierte en un negocio si no es con claras esperanzas de obtener un beneficio mayor más temprano que tarde, y del mismo modo que ningún empresario individual mantiene abierta una empresa ruinosa, que le produce pérdidas y puede llevarle a la ruina general, prefiriendo antes hundir en el paro y en el hambre a los trabajadores que seguir él con algunas pérdidas, de este mismo modo pero mucho más a lo bruto, ningún Estado ocupante aguanta mucho tiempo los costos de ocupación de una nación si éstos son superiores a los pocos beneficios que obtiene con dicha ocupación. Es cuestión de números, a la larga. Y decimos que a la larga porque un Estado ocupante puede gastar enormes cantidades de recursos en los ejércitos de ocupación, en guerras, y en sobornar a las clases ricas y propietarias de la nación ocupada, dejando que sigan en el poder y que se queden con parte del botín; puede hacer esto y de hecho lo hace, pero siempre buscando un objetivo mayor, siempre como una inversión necesaria, como un adelanto inevitable para posteriores beneficios que deben compensar los gastos adelantados. Puede darse el caso que un Estado ocupe un país no tanto por las ganancias directamente económicas que obtiene sino por su ubicación geoestratégica y militar, como territorio-cuartel desde el que controlar otros pueblos ocupados y sí rentables económicamente, o como territorio-tapón para frenar ataques exteriores. Mas sea como fuere, incluso así la razón última y decisiva no es otra que la ganancia que se asegura mediante esos gastos militares. Esta es una ley de oro, y nunca mejor dicho, para entender el origen y la naturaleza de la opresión nacional.

Pero es en los casos históricos en los que un Estado opresor se ha formado gracias a la ocupación de varias naciones periféricas cuando toda esta dinámica se desarrolla más cruel y demoleedoramente. Este es el caso del Estado español que se ha formado históricamente oprimiendo a pueblos como Euskal Herria, Galiza, Països Catalans, Andalucía, Canarias, etc., y al propio pueblo castellano. En este caso, para centrarnos ya, el Estado opresor central es el instrumento decisivo para que la

burguesía española obtenga inmensos beneficios mediante la explotación de esas naciones, y también de su propio pueblo. Pero, en contra de la simple apariencia, la fuerza del centralismo opresor es su misma debilidad porque no puede permitirse el lujo de ceder ante un solo pueblo oprimido porque, entonces, los demás exigirán el mismo trato, que se les concedan los mismos derechos que al otro. Sería como quitar una carta de un castillo de naipes. Se caería todo el montaje o casi todo. Para impedirlo, el centralismo opresor tiene, como mínimo, tres métodos: aumentar la represión en todos los sentidos, incluso el recorte y el cerco económico; asegurarse la fidelidad egoísta de las burguesías de las naciones ocupadas y, dividir e impedir cualquier unidad liberadora de las naciones oprimidas.

En síntesis, eso es lo que ahora está haciendo el PP pero también el PSOE. ¿Por qué? Muy sencillo. Porque la supuesta "izquierda" se beneficia de la opresión nacional. Aunque con una gran diferencia entre ellas, todas las clases de la nación opresora se benefician de la dominación que ejercen sobre otro u otros pueblos. Desde luego que la que más tajada obtiene es la burguesía y que luego, en cascada, van cayendo hacia abajo el resto de beneficios de modo que, aunque pocos, las clases trabajadoras de la nación dominante también terminan beneficiándose en algo, en poco pero en algo. Y ese poco ayuda a mantener el poder capitalista en el Estado dominante. Los marxistas fueron conscientes de esta realidad ya en la segunda mitad del siglo XIX al comprender cómo la burguesía inglesa alienaba al proletariado, además de con otros instrumentos, también haciéndole partícipe de una porción de los inmensos beneficios que obtenía con su expansionismo mundial. La opresión nacional irlandesa y las brutales formas de explotación de los obreros irlandeses emigrados en Inglaterra también fortalecía al poder burgués aumentando el interclasismo, el nacionalismo imperialista y hasta el racismo antiirlandés en la clase trabajadora inglesa. Posteriormente, toda la experiencia mundial ha confirmado esta realidad. Y en la medida en que se corrompe la clase trabajadora de la nación ocupante con parte de los beneficios que esa ocupación genera y con el nacionalismo y hasta el racismo que la legitiman, también se corrompen los partidos y sindicatos reformistas que controlan al grueso de esa clase. Ellos también se benefician directamente del saqueo imperialista, y se benefician más que los obreros porque la burguesía les concede una parte mayor del botín, para corromperlos y pudrirlos más, para integrarlos más profundamente en los aparatos del Estado.

Conforme la nación oprimida aumenta su resistencia y su lucha independentista, conforme avanza en su construcción nacional propia, en esta medida la "izquierda" del Estado ocupante se vuelve más y más defensora del imperialismo de su burguesía porque, por un lado, todo su esquema conceptual, político y teórico está penetrado por el nacionalismo burgués de su Estado; por otro lado, es consciente que oponerse a su burguesía en esas cuestiones es peligroso y arriesgado, y la poltrona, el dinero y la fama atan mucho; además, en medio de un aumento del nacionalismo imperialista en su sociedad, salir en defensa de la nación ocupada supone perder votos que es lo mismo que perder dinero y comodidad, y, por último, como debe diferenciarse un poco en lo propagandístico de la burguesía y de la derecha más reaccionaria, para no perder votos por su izquierda, mantiene ligeras diferencias de matiz secundario, pero apoyando decididamente el imperialismo de su burguesía. Por su parte y por lo general, la izquierda autocalificada de revolucionaria, apenas sale en defensa activa y consecuente de las necesidades de los pueblos ocupados por su Estado, sino que se limita a una solidaridad ambigua, limitada y condicionada a que la nación oprimida modere sus formas de defensa. Incluso su "radicalismo" sufre un serio retroceso cuando se trata de denunciar algo tan inhumano como la tortura. Esta es la triste y amarga experiencia acumulada por las izquierdas occidentales.

Por tanto, cuando el periódico *El País*, vocero del reformismo, intenta "demostrar" la inviabilidad económica de la independencia vasca no está sino comportándose como debe y quiere hacerlo, al margen de la corrección y lógica de lo que diga. En modo alguno pretende aportar una solución siquiera reformista al contencioso histórico, sino que sólo reforzar el poder de su Estado y confirmar su fidelidad al nacionalismo imperialista de su burguesía. Es mucho lo que se juega esa izquierda y por ello no duda en recurrir al miedo y al chantaje económico y lo hace, además, usando

el lenguaje aséptico y supuestamente neutral de las cifras. Cuando el Estado ocupante recurre a estos métodos por boca del reformismo, sabe que cuenta con la predisposición ideológica y conceptual de la burguesía vasca y del regionalismo para aceptar sin crítica alguna los dogmas de esa argumentación, pues ambos, el Estado ocupante y la burguesía de la nación ocupada, son capitalistas y tienen además de la misma ideología de clase sobre todo los mismos intereses de clase.

3. CONDICIONES OBJETIVAS Y CONCIENCIA SUBJETIVA

Cuando se dice que los lazos económicos entre el capitalismo vasco y el español, las ayudas del Estado español a los negocios internacionales del capitalismo vasco, las inversiones del Estado en las infraestructuras vascas, etc., cuando se dice que esto hace inviable la independencia vasca se parte de un planteamiento tramposo, consistente en hacer del presente una realidad eterna, de siempre, y que existirá para siempre. Se oculta, primero, que si existe esta economía es porque ha sido impuesta y no por que sea "natural", pudiendo existir otra muy distinta; segundo, que esta economía se sostiene además sobre la alienación, el miedo y la fuerza represiva, despilfarrando recursos y sufriendo crisis periódicas que destruyen grandes cantidades de bienes y equipos, cuando, en realidad, puede desarrollarse otra cualitativamente superior; y, tercero, que existen condiciones objetivas suficientes para avanzar en esa otra economía, en esa sociedad socialista.

Primero, cuando Roma construía carreteras, puentes, puertos y ciudades, formaba burócratas autóctonos, etc., para facilitar el flujo comercial y la recaudación de impuestos, así como la rapidez de movimientos de sus legiones en la tarea de reprimir las crecientes sublevaciones nacionales y luchas sociales, no sólo destruía las formas socioeconómicas anteriores a la invasión romana sino que también imponía una base económica nueva y una cultura nueva, y a la vez determinaba el futuro de las generaciones posteriores. Pues bien, esta ha sido después la misma práctica de todas las invasiones que han buscado quedarse el mayor tiempo posible en el país ocupado para sangrarlo lo más posible. A la vez, las burocracias fieles al ocupante tienden a constituirse en clase dominante. Aunque el proceso histórico ha sido más complejo y concreto en cada caso particular, a la larga, la estructura de clases y la base socioeconómica asentada en la propiedad privada de los medios de producción tuvo uno de los orígenes en la dialéctica entre la dominación interna y la externa. Y en determinados casos, como en Euskal Herria, la dominación externa, las invasiones españolas y francesa en concreto, han tenido una importancia decisiva en el triunfo definitivo del sistema capitalista. Y lo siguen teniendo en el mantenimiento del capitalismo.

Ocurre que la ideología burguesa sostiene que el capitalismo es "natural", que surge porque sí, sin mayores problemas y sin violencia. La realidad histórica es muy otra. En nuestro caso, el capitalismo, que aunque ya estaba embrionariamente asentado en Euskal Herria desde el siglo XVI sobre todo con la producción de hierro, armas y de barcos, fue creciendo económicamente pero chocando cada vez más con las estructuras político-administrativas del Antiguo Régimen, de los Fueros. Aunque, en sentido general, la burguesía comercial y mercantil, luego manufacturera, quería destruir los Fueros y unirse al Estado francés y español, no tenía fuerzas suficientes para lograrlo por ella misma y necesitó de la decisiva ayuda de los ejércitos extranjeros para imponer el triunfo político-administrativo del capitalismo, que ya era el modo de producción dominante en lo económico. Esta forma de imponerse el capitalismo ha marcado desde entonces el contenido y la esencia de la opresión nacional que sufrimos, y las formas de esa opresión que han venido sucediéndose -bajo la monarquía, la república, el franquismo, la monarquía franquista y constitucional, en Hegoalde, y bajo la república, la reinstauración monárquica, las sucesivas repúblicas posteriores, la ocupación alemana y luego de nuevo la república francesa en Iparralde- en modo alguno han negado ese contenido sino que lo intentaban reforzar en cada período correspondiente.

Consiguientemente, si el capitalismo y la opresión nacional se han impuesto de esa manera, nada asegura que sean eternos y que de la misma forma en que se han impuesto así, también pueden ser superados históricamente si fallan sus fuerzas de sustentación. En este caso, perfectamente

plausible, puede desarrollarse otro sistema socioeconómico y una realidad de libertad nacional vasca. Y para comprenderlo más fácilmente es bueno prestar atención a los otros tres puntos.

Segundo, esta relación entre las presiones y amenazas, invasiones y represiones exteriores, y el colaboracionismo de la burguesía interna, vasca, explica además de los lazos socioeconómicos y políticos actuales de Hegoalde con el Estado español e Iparralde con el francés, también y sobre todo que el capitalismo sólo se ha mantenido en nuestra nación mediante la fuerza militar y policial exterior que en los momentos críticos aplicaban esos Estados -con la ayuda de la burguesía vasca- para solucionar la crisis de orden que afectaba a dicho capitalismo. En general, todo capitalismo concreto se ha mantenido en las situaciones críticas gracias a brutales represiones y hasta guerras contrarrevolucionarias atroces en algunos casos. La historia concreta de los grandes Estados capitalistas, oficialmente pacífica, es en realidad un charco de sangre obrera en un cenagal de alienación y enajenación, soborno, corrupción y miedo, sólo superados por las brutalidades sufridas por las naciones ocupadas. La historia concreta y real vasca, desde finales la segunda mitad del siglo XVIII, cuando el capitalismo interno está ya asentado económicamente, chorrea sangre por todas partes. De no ser por los ejércitos extranjeros, sobre todo por el español en Hegoalde, la burguesía vasca hubiera tenido muy serios problemas para seguir en el poder y mantener su alianza vital con la burguesía española. En Iparralde también fue decisiva la ferocidad militar francesa pero el débil proletariado vasco, vertebrados del pueblo trabajador en la Euskal Herria continental, no estaba en condiciones de sostener una lucha como en Hegoalde. La razón fue el subdesarrollo de un capitalismo fuerte como en el sur de nuestra nación porque, básicamente, París se encargó muy pronto, desde comienzos del siglo XIX, de poner todos los obstáculos posibles a su crecimiento.

Estas realidades históricamente innegables han marcado al capitalismo de forma indeleble de manera que, en los hechos y no en la propaganda, resulta ser un sistema enormemente despilfarrador, irracional e incoherente, y minado por inevitables contradicciones y crisis internas que periódicamente multiplican el malestar y la infelicidad humanas. Los Estados español y francés no han hecho por ellos mismos nada serio para limitar esta realidad, sino solamente aquellas medidas que de algún modo favorecían y favorecen directamente su expoliación o lo hacían y hacen indirectamente, mediante las ganancias de la burguesía vasca que, por su alianza de clase con la burguesía franco-española, revierten en su beneficio. Las soluciones que mal que bien se han desarrollado han sido sólo producto de la lucha tenaz y sistemática del pueblo trabajador vasco, muchas veces en la clandestinidad y frecuentemente careciendo de los derechos básicos que debiera conceder una democracia burguesa normal. Ahora bien, si pese a esto hemos podido, en primera instancia, evitar la derrota estratégica y la extinción nacional de Euskal Herria y, después, avanzar en nuestra construcción nacional, ¿qué no podríamos hacer con y en otro sistema socioeconómico no basado en la opresión y explotación, sino en la democracia socialista y en la independencia nacional?

Y tercero, lo peor del capitalismo no son sólo los terribles sufrimientos que causa a la humanidad y la destrucción ya casi irreversible de la naturaleza, y, en nuestro caso, su responsabilidad en la opresión y desmembramiento nacionales que padecemos, con ser estas realidades insoportables e injustas. Lo peor del capitalismo es que ha agudizado al extremo la contradicción irreconciliable que existe entre los sufrimientos y crisis que genera y la potencialidades objetivas de superarlos que ha construido. Es decir, por un lado, es un sistema esencialmente destructor pero, por otro lado, ha generado las posibilidades objetivas para dar el salto a una sociedad cualitativamente superior, el comunismo al cual se llega mediante la etapa anterior, el socialismo. Toda la historia humana desde 1917 hasta ahora se explica, en última instancia, por el desenvolvimiento concreto de esta contradicción entre el hecho de que existen las condiciones objetivas a nivel planetario -fuerzas productivas, tecnología, transportes, bienes acumulados, conocimientos científicos, etc.- para dar el salto al socialismo como paso necesario al comunismo y, por el contrario, las condiciones subjetivas para lograrlo -la conciencia de las masas oprimidas, la fuerza de las organizaciones revolucionarias, etc.- están sometidas a una atroz, brutal, genocida e implacable agresión global por el imperialismo para impedir que se materialicen esas condiciones objetivas. Esta contradicción a escala mundial,

también la padecemos en Euskal Herria y, además de otras cuestiones, explica también el presente y el futuro de la juventud vasca y mundial.

Mundialmente esta contradicción se plasma en las luchas revolucionarias de liberación nacional, en las luchas de las clases trabajadoras, en las luchas antipatriarcales que recorren el planeta, en las luchas ecologistas, culturales, sociales, etc., de todo tipo, de las cuales, la lucha antiglobalización es sólo una parte; pero también se plasma en las represiones inhumanas de las burguesías, en las dictaduras, guerras provocadas y agresiones múltiples; en los chantajes, amenazas económicas e imposiciones comerciales del imperialismo; en la exclusión y prohibición del uso e investigación de nuevas tecnologías blandas y democráticas y desarrollo de un sistema científico progresista y crítico, así como en el monopolio férreo de la medicina y de los sistemas alimentarios por el imperialismo para usarlos como armas opresoras; en la pasividad cuando no colaboracionismo con el capital de la ONU y otras instituciones internacionales, y un largo etcétera. Esta contradicción nunca es lineal en su evolución sino que pasa por ondas u oleadas de ascenso, estancamiento y descenso, por flujos y reflujos, dependiendo de factores internos que no podemos exponer ahora pero de entre los cuales son decisivos la conciencia política revolucionaria y capacidad de autoorganización, autogestión y autodeterminación consciente de las masas oprimidas. Pero cada oleada nueva que renace tras la sanguinaria derrota y represión de la anterior, lo hace mejorando viejos métodos y creando nuevas formas de lucha, del mismo modo que cada nueva contraofensiva del capitalismo también intenta mejorar sus armas asesinas y exterminadoras.

En Euskal Herria esta contradicción se plasma en la lucha de liberación nacional y social en su actual fase de construcción soberanista, con la fuerza creativa demostrada a lo largo de los decenios; pero también en la sucesión ascendente de paradigmas, sistemas y estrategias represivas aplicadas por los Estados español y francés para detener y destruir el ascenso no lineal pero sí objetivamente tendencial al alza del proceso independentista y socialista. Esta contradicción cada vez más aguda es la que explica la urgencia de los aparatos estatales para multiplicar todos los recursos de manipulación e intimidación, como los artículos citados de *El País* que, tras este breve y rápido análisis, demuestran ser no un estudio "objetivo" de la situación sino un instrumento de dominación basado en el chantaje y en miedo al empobrecimiento, la ruina y hasta el hambre que destrozará Euskal Herria si avanzamos en nuestra independencia. Ahora bien, esta amenaza se cae por los suelos cuando vemos que sí existen condiciones objetivas también en nuestro país para liberarnos, que esas condiciones objetivas están dadas parcialmente dentro del capitalismo y dentro de nuestro pueblo que ha ido construyendo con su lucha fuerzas autoorganizadas.

La fuerza y la razón de nuestro proceso se basa en que no sólo luchamos por la independencia nacional a secas, sino a la vez por el socialismo dentro de una sociedad no patriarcal que, además, aplique criterios cualitativamente diferentes de forma de vida, trabajo y relaciones humanas en y con la naturaleza. En resultante de estas luchas reivindicativas no es una simple suma de todas ellas, sino una totalidad coherente que integra a sus partes en un sistema superior y global. Es decir, el límite insuperable de las amenazas españolas sobre la inviabilidad económica de la independencia se basa en que conciben esa independencia sólo dentro del marco capitalista, o sea, como una "solución", por denominarla de algún modo, muy similar a los tramposos y fracasados procesos de descolonización impuestos por los imperialismos europeos para garantizar la continuidad de su dominio directamente económico sobre las excolonias y su indirecto pero muy presente dominio político, cultural, tecnocientífico, militar, etc. Estos pueblos son "libres" e "independientes" sólo en la apariencia legal, y ya prácticamente ni eso en la inmensa mayoría de los casos, pues sus estructuras administrativas internas, sus Estados, están al borde de la extinción y podridos por mafias, castas y corrupciones impuestas por el capitalismo mundial. Estos pueblos sí que padecen descarnadamente lo que dice *El País* porque las potencias ocupantes se encargaron de arruinarlos, empobrecerlos e impedir que generaran sus propios recursos. Es muy significativo que los Estados español y francés lleven años haciendo lo mismo, intentando destruir o debilitar al máximo el capitalismo vasco, haciéndolo más dependiente y sujeto a sus dictados, contando con la pasividad y con el apoyo de las diversas fracciones de la burguesía regionalista.

Es incuestionable que desde la cegata perspectiva del independentismo abstracto y vacío, sin contenido socialista, antipatriarcal, ecologista, etc., alguno, este independentismo está condenado a la inexistencia porque sólo es una frase demagógica, hueca y propagandística de la burguesía regionalista. Y, desde esta perspectiva falsa y reaccionaria, es lógico decir como han dicho periódicamente destacados dirigentes del PNV que "para qué queremos la independencia de las berzas". Sin embargo, el problema cambia ciento ochenta grados cuando lo analizamos desde la izquierda abertzale, cuando planteamos una alternativa total y sistemáticamente superior a la burguesa, y cuando demostramos que además de las condiciones objetivas ya existentes hay que añadir las que se crean por y en la intervención consciente del pueblo trabajador movilizad por la conquista de esos objetivos. Hasta el presente toda la historia de la emancipación obrera y popular ha demostrado la impresionante capacidad creativa de las masas cuando dirigen ellas mismas su emancipación. Además, no partimos de la nada ni carecemos de experiencia acumulada, proyectos y planteamientos alternativos. Todo lo contrario. La izquierda abertzale en particular y el conjunto de las fuerzas democráticas y progresistas vascas en general hemos elaborado durante años de práctica y de elaboración teórico-crítica no solamente programas políticos sino también socioeconómicos, administrativos, educacionales, de infraestructuras y transporte, sanitarios, ecologistas, urbanísticos, etc., que iluminan el camino a seguir. De igual modo, a lo largo de décadas de lucha, nuestro pueblo se ha dotado de una muy sana prevención antiburocrática, de una red de movimientos populares y sociales, sindicales, vecinales, sociales, etc., que aunque con limitaciones forman la base real, cotidiana, de un futuro y eficaz poder popular.

Sabemos que los Estados español y francés, con el apoyo de las fuerzas reaccionarias, unionistas y regionalistas pondrán todos los obstáculos posibles al proceso independentista y socialista, desde los intentos de asfixia socioeconómica y tecnocientífica, sanitaria y alimenticia, hasta la agresión militar externa y la movilización reaccionaria interna, pasando por el sabotaje y el boicot, el aislamiento internacional y la más mentirosa propaganda imaginable. Nos sombran experiencias al respecto. Por eso, para superar esos ataques, damos tanta importancia al carácter sistémico, global y totalizante del proyecto independentista y socialista. Su fuerza, como decimos, radica en su capacidad de interrelacionar todos y cada uno de los problemas y necesidades de Euskal Herria con los sujetos concretos que los han de resolver y, a la vez, relacionar a estos sujetos entre sí en el marco de una democracia socialista y de un poder popular. Y también damos importancia al hecho reiterado de que los procesos emancipadores tienden a acercarse bajo el impulso de la ley del desarrollo desigual y combinado, lo que aumenta las condiciones de solidaridad internacionalista. En contra de lo que dice la propaganda burguesa, no estamos solos ni aislados, y en la medida en que asciende la oleada internacional, mundial, de luchas aumentan y se fortalecen los lazos solidarios entre los pueblos oprimidos. Pero de modo alguno debemos caer en el error de pensar que nuestro futuro va a resolverse simplemente esperando a la famosa « revolución mundial » o, como sostenían las izquierdas estatistas de hace tres décadas, uniéndonos a la « revolución española » y acompasando nuestra velocidad a la suya, más lenta. No hay que esperar a nadie, sino que cada pueblo y cada clase trabajadora ha de impulsar lo máximo posible su propio proceso revolucionario. Este es el más efectivo internacionalismo posible y el que más ayuda prácticamente a otros pueblos.

4. LA JUVENTUD COMO FUERZA REVOLUCIONARIA

Históricamente, la juventud trabajadora y campesina, y en bastante menor medida la pequeño burguesa, ha sido el motor principal de los procesos revolucionarios en general y con especial significación en las guerras revolucionarias de liberación nacional. Es normal que sea así, pero el cinismo del poder hace esfuerzos inmensos para ocultar esta realidad, o para tergiversarla. Por lo general, las personas mayores van perdiendo impulso y decisión psicológica para la lucha conforme envejecen. Frecuentemente es un proceso que no corresponde a causas biológicas sino a debilidad de su conciencia política, a los desengaños producidos por las traiciones del reformismo político y sindical, a las derrotas sufridas y no analizadas autocríticamente, al acomodamiento egoísta, al miedo por el futuro propio y de la familia, etc. Sin embargo, si las organizaciones revolucionarias consiguen no cometer estos y otros errores e incluso crean e impulsan programas, reivindicaciones

y colectivos para las personas adultas, si sucede esto, es normal y frecuente que también participen activamente en la lucha. En Euskal Herria, estos y otros factores han logrado que una apreciable cantidad de personas mayores intervengan activamente en muchas luchas y movilizaciones casi permanente.

Pero hemos de recordar que esas personas fueron jóvenes en su tiempo y entonces también echaron pestes contra lo que entendían y demasiadas veces veían como "pasividad de los mayores". Sin embargo, uno de los méritos de esas personas, y de otras -generalmente amaxos- que por las presiones del sistema patriarcal no se movilaron tanto en la militancia en la calle, ha sido el de mantener viva la conciencia abertzale y la memoria militar y de lucha de nuestro pueblo, enseñándosela a los jóvenes de la década de 1950, por poner una fecha significativa y que inicia el proceso ascendente de emancipación independentista y socialista. Desde entonces a esta parte, ha sido decisiva la participación de la juventud abertzale, revolucionaria, en el proceso independentista y socialista. Ahora sólo vamos a sintetizar esta decisiva participación en siete constantes típicas que a su vez son seis lecciones que no deben olvidarse nunca, aunque su nivel de aplicación concreta dependerá de los momentos, de las coyunturas y de las necesidades tácticas de la lucha de liberación y del proceso de construcción nacional.

La primera lección, que se remonta a bastante más allá de finales de la década de 1950, es que la juventud vasca ha tenido casi siempre conciencia de la extrema importancia de la buena, ágil y permanente interrelación de todas las formas de resistencia a la opresión nacional y de clase. No podemos hacer aquí siquiera un repaso de cómo la juventud vasca se ha caracterizado, de un lado, por rechazar la participación en las fuerzas represivas de los Estados ocupantes, y, de otro lado, por aplicar su derecho inalienable a defenderse de los ataques que sufría como juventud y como pueblo trabajador. Es una verdad admitida a regañadientes por los historiadores oficiales que la juventud vasca se ha caracterizado y se caracteriza por una rotunda y radical negativa a hincar la rodilla. Esta constante histórica también es confirmada y reafirmada por los estudios sociológicos i más recientes realizados por investigadores llamados "neutrales". Pero no se pueden conocer plenamente las razones sociales e históricas de semejante característica colectiva sin estudiar el importante papel que juega la llamada "memoria militar" de un pueblo, es decir, el conocimiento de los sacrificios que han asumido y pagado las generaciones pasadas para mantener vivo ese pueblo.

Llegamos así a la segunda lección que debemos aprender: la necesidad de que el pueblo y en especial la juventud valore en su enorme importancia el mantenimiento de la memoria de lucha y de la conciencia nacional. Si se rompe esa continuidad, las generaciones siguientes deberán empezar de nuevo, con todos los costo innecesarios y errores evitables que ello supone. ¿Cómo hacer esto? Por un lado, agilizando las relaciones entre la juventud autoorganizada y las organizaciones adultas; por otro, prestando especial atención a la re-construcción de la historia vasca tal cual la vivió el pueblo trabajador, y no tal cual la falsifica la historiografía española y francesa, y la malinterpreta interesadamente el regionalismo. Ahora bien, la juventud abertzale ha de prestar especial atención a la crítica implacable de la historia oficial, la del poder, que siempre falsifica, desvirtúa o niega el decisivo papel de la juventud. En la historia oficial, la juventud está prácticamente ausente, como si no existiera, pero ha sido ella la que en los momentos cruciales lo ha entregado todo por Euskal Herria. Y una juventud ignorante de su historia, convencida de que siempre ha sido pasiva y obediente, sumisa, sin historia propia, es una juventud acomplejada, sin orgullo ni autoestima, y por tanto sin capacidad de autoorganización propia.

Esto nos lleva a la tercera lección que consiste en la necesidad obvia de la autoorganización juvenil. Toda la estructura del poder burgués -estatalistas y/o regionalista, pero siempre adulto- está diseñada e interviene para impedir la concienciación y la autoorganización juveniles, y semejante obsesión se agudiza en lo cualitativo cuando, además y sobre todo, hay que desnacionalizar a una juventud luchadora. La organización juvenil, en este nivel de la reflexión, ha de cuidar con especial mimo, además de lo antes visto sobre la re-construcción de la propia historia, también la doble tarea de, una, demostrar la esencial unión del futuro de la juventud con el futuro de la independencia y el socialismo en base a los acuciantes problemas concretos que le afectan y, otra, mantener siempre

activo el flujo de entrada de los más jóvenes para compensar la salida de los menos jóvenes. Ambas tareas se conjugan en una tarea decisiva cual es la de construir en la práctica algo parecido al "orgullo juvenil". Una de las características del poder adulto, al margen de quien lo aplica en cada caso, es que idiotiza y desorienta a la juventud con "alternativas" falsas y tramposas como el botellón, el passotismo, las drogas, el gamberrismo y el individualismo nihilista y fatuo, etc.; la convierte en jóvenes envejecidos, pasivos y disciplinados, sin capacidad crítica y menos aún constructiva. Pero el "orgullo juvenil" debe basarse en las conquistas materiales de la juventud, en la demostración práctica de lo que ha logrado hacer y lo que ha conquistado, y esto exige, además de una imprescindible y suficiente formación teórica sobre los problemas que le afectan, también en una rentabilización y divulgación pública de esos logros en primer lugar a los demás jóvenes, pero también a sus entornos familiares y al pueblo en general, y sobre todo a sus relaciones con el sindicalismo.

Precisamente la cuarta lección se deriva en directo de lo anterior y concierne a las relaciones estrechas entre la juventud autoorganizada y el sindicalismo independentista y socialista. Tengamos en cuenta que la inmensa mayoría de la juventud es de origen obrero aunque no sea asalariada. Para entender esto hay que explicar los rudimentos del marxismo, cosa que haremos al final. Tengamos en cuenta que la juventud obrera seguirá siendo obrera cuando deje de ser joven y aunque obtenga un puesto de "trabajo", de explotación, con un salario incluso algo más alto que la media social. Desde esta perspectiva hay que analizar tanto la extrema dureza de los ataques capitalistas actuales, que sin embargo resucitan tácticas del capitalismo del siglo XIX con el retroceso histórico que ello implica, como la urgencia de una práctica socialista radical, coherente y unida en lo decisivo a la lucha del pueblo trabajador. Por decisivo ha de entenderse el hecho estructural de la explotación asalariada de la juventud en cuanto es juventud trabajadora. Lo secundario, aunque también muy importante, es el hecho de la explotación asalariada particular en cuanto a qué fracción de la clase obrera se pertenece, qué trabajo asalariado se realiza, qué niveles de explotación y disciplinas laborales se sufren, que derechos sindicales han sido negados o restringidos, etc. Pero incluso esto segundo nivel exige a su vez una correspondiente relación vital con el movimiento obrero abertzale. Teniendo en cuenta esto, hay que considerar tres criterios imprescindibles como, uno, la juventud autoorganizada debe organizarse dentro del sindicalismo abertzale en su puesto de trabajo pero ha de mantener a su vez su propia autoorganización juvenil en cuanto es esta la que garantiza la independencia de pensamiento y práctica global joven; dos, un objetivo básico de la autoorganización juvenil ha de ser el de formar a sus militantes en un intransigente rechazo a toda burocracia y gerontocracia, es decir, a la inercia objetiva a concentrar las decisiones en los despachos ocupados por sindicalistas envejecidos y alejados de las fábricas, y tres, un objetivo básico del sindicato ha de ser el de formar con especial eficacia a su miembros jóvenes para que puedan primero llevar ellos mismos sus propias luchas y después puedan asumir cada vez más tareas internas en el sindicato, cubriendo los vacíos que deben ir dejando los liberados cada período determinado congresualmente. Pues bien, estos tres criterios básicos deben contrastarse siempre con las luchas concretas, con sus resultados, con la participación juvenil en ellas y con las posturas que han tomado los sindicalistas "viejos".

En este sentido, la quinta lección que la juventud ha de aprender en cuanto sujeto revolucionario es que si bien debe y puede desarrollar la visión específicamente juvenil de todos los problemas que afectan a Euskal Herria, o al menos a los fundamentales y más urgentes si es que no pueden atender a la totalidad de ellos, también debe pedir y hasta exigir consejos, ayudas e informaciones del resto de colectivos y grupos. En la práctica, ya se realiza esta visión específicamente juvenil y existen muchos campos de intervención que lo demuestran, desde los gaztetxes hasta las movilizaciones pasando por otros temas. El problema surge cuando, por un lado, su complejidad desborda a la capacidad juvenil, para lo cual ésta ha de pedir ayuda; pero también, por otro lado, cuando ha de rentabilizar y divulgar esa visión y sus logros, cuando una y otra vez los jóvenes comprueban que la prensa los silencia sistemáticamente, los deslegitima y criminaliza los decisivos y fundamentales. También en estos casos, desgraciadamente muy frecuentes, la juventud debe contar con el apoyo de

otras organizaciones y colectivos. Quiere esto decir que existe una seria distancia entre lo que se hace y lo que se conoce, y que esta distancia oculta los logros y las conquistas de la lucha juvenil a los propios jóvenes, a una parte más o menos grande, con las consecuencias negativas que eso supone. Y más temprano que tarde, si la juventud autoorganizada no expande el orgullo de ser joven y revolucionario, abertzale, el poder adulto, el poder del sistema dominante, terminará aislando e incomunicando a los jóvenes autoorganizados rompiendo la continuidad de la lucha y asfixiando y ahogando el futuro de la lucha juvenil, que no es sino el futuro mismo de todo el proceso independentista y socialista porque, tarde o temprano, esos jóvenes deberán coger las riendas de la lucha. Por tanto, es la totalidad de la izquierda abertzale la que debe participar en la divulgación y rentabilización de las conquistas juveniles.

Romper el cerco de silencio es una necesidad imperiosa, y una lección, la sexta, que se deriva de las amargas derrotas de las organizaciones juveniles en todo el planeta. La historia de la lucha juvenil europea, por ejemplo, está llena de grupos juveniles que aparecen y crecen en determinados períodos críticos, tomando conciencia de la opresión que sufren; grupos que se coordinan con más o menos efectividad y que incluso llegan a hacer aportaciones importantes pero que, casi indefectiblemente, empiezan a declinar, comienzan a tener grandes dificultades para asegurar la entrada de nuevos jóvenes mientras aumenta el cansancio y el abandono de militantes y concluyen disolviéndose en la nada. Muchas son las razones que explican estas derrotas -inexistencia de un movimiento revolucionario global que integre y respete a la lucha juvenil; fuerza asimiladora de la burguesía y represora de los aparatos de Estado, y presiones masivas del poder adulto y del sistema familiar y educativo; indiferencia y pasividad de la "izquierda" oficial ante la juventud, y colaboración con el poder establecido; errores recurrentes de la juventud, incapacidad para resistir a las ofensivas de las drogas y del consumismo, desconexión total con el movimiento obrero y sindical y con los movimientos populares y sociales, etc.- pero no debemos menospreciar la función de los llamados "medios de comunicación" incidiendo permanentemente en todos los citados y en otros muchos, y sobre todo criminalizando a la juventud más activa. Pero también es una necesidad de las organizaciones adultas porque se juegan su propio futuro ya que, por ley biológica, su militancia envejecerá e irán siendo cada día menos, hasta desaparecer.

La séptima lección aconseja aumentar el internacionalismo de la juventud independentista. Desde su mismo nacimiento, la izquierda abertzale ha prestado toda la atención que ha podido, dentro de sus limitaciones, al internacionalismo en general y en abstracto; pero en concreto y en lo particular su internacionalismo ha sido enorme si por tal entendemos el hecho objetivo de que la mejor ayuda que un pueblo oprimido puede dar a otro también oprimido es liberarse a sí mismo cuanto antes, o al menos lograr conquistas prácticas que faciliten e iluminen la lucha de los demás. En este sentido, el verdadero, el internacionalismo abertzale es impresionante porque sus logros y conquistas aparecen hoy como uno de los referentes obligados a toda práctica y teoría no sólo revolucionaria sino también simplemente democrática. Y la juventud abertzale ha jugado, como es lógico, un papel destacado. Ahora bien, por razones que no podemos exponer ahora, en la última década del siglo XX el capitalismo está avanzando mucho en la mayor y mejor centralidad operativa de sus diversas fuerzas represivas estatales, disciplinándolas y, lo más reciente, unificando sus objetivos, tácticas y estrategias dentro de un proceso de homogeneización de sus códigos y leyes. Naturalmente, como siempre, la industria político-mediática, la "prensa", cumple una tarea fundamental en la uniformización represiva. Frente a tal reordenamiento de los poderes represivos, las organizaciones juveniles han de aumentar su internacionalismo solidario como una tarea constante y consustancial a su propia praxis militante.

Las siete lecciones -relacionar formas de autodefensa, re-construir la memoria propia y colectiva, autoorganización y orgullo juvenil, alianza estratégica con el sindicalismo abertzale, elaborar su teoría y práctica revolucionaria, romper el cerco de silencio mediático, y, aumentar su internacionalismo- no anulan otras que no se pueden exponer, y menos aún han de ser vistas sin interrelación mutua y sin integrar problemáticas decisivas como la lucha contra el sistema patriarcal, criticar el orden familiar burgués, criticas el orden educativo, etc. Resulta obvio que

desde la concepción del independentismo abertzale como una totalidad sistémica que se enfrenta irreconciliablemente con la totalidad sistémica del capitalismo y la opresión nacional que le es inherente, desde este antagonismo, no puede existir ninguna opresión y explotación, ninguna injusticia por parcial y ceñida que esté a un grupo muy minoritario, que quede fuera de la práctica de la juventud abertzale. Si quedase al margen alguna de ellas, esa juventud dejaría de ser revolucionaria. Pero entonces surge una pregunta básica: si debemos atender a todas las injusticias ¿cómo hacerlo teniendo en cuenta que nuestros recursos son limitados? ¿Cómo decidimos cuáles son las luchas decisivas y prioritarias, que requieren las mayores energías, y qué recursos menores debemos dedicar a las restantes? La respuesta a estas y otras preguntas sobre la misma cuestión nos lleva al debate entre el marxismo y el resto de teorías revolucionarias.

5. EL MARXISMO COMO TEORÍA ABERTZALE

Si hay algo especialmente tergiversado y falsificado en el campo del pensamiento humano y en el campo de la historia concreta en el último siglo y medio, eso es el marxismo. De hecho, el marxismo, en cuanto teoría que retoma crítica y creativamente lo mejor del pensamiento humano anterior a él, fue atacado desde su mismo inicio con una ferocidad que no sufrieron otras teorías socialistas, como el anarquismo en cuanto síntesis mínima que se puede hacer de la enorme cantidad de corrientes dispersas que de algún modo se incluyen en el movimiento libertario, por ejemplo. Es como si la burguesía hubiera sabido de la diferencia entre ambos y de la mayor peligrosidad para ella del método marxista en comparación al anarquista. Lo más significativo es que el anarquismo surgió antes que el marxismo, y que en los primeros tiempos hubo entre ambos una estrecha relación. También es muy significativo que no existan diferencias cualitativas entre ellos en lo concerniente a los objetivos últimos y a muchas cuestiones decisivas. Las diferencias, más que todo, son de táctica, lo que en modo alguno niega o minimiza su importancia pues estas diferencias tácticas han resultado desastrosas para las clases y naciones oprimidas dado que en determinados momentos cruciales para la emancipación humana, el anarquismo ha fallado estrepitosamente cuando precisamente tenía en sus manos el poder revolucionario.

En este sentido, el decisivo por cuanto no es otro que el veredicto de la práctica, los hechos confirman la superioridad del marxismo aunque, a diario, la industria político-mediática capitalista se esfuerza en sostener lo contrario. Sin embargo, el marxismo tiene en contra cuatro grandes obstáculos para poder demostrar su superioridad:

Uno, la losa de plomo de la socialdemocracia y del stalinismo. La máquina intelectual burguesa no ha parado nunca de decir que, por un lado, el reformismo socialdemócrata iniciado incluso en vida de Marx y Engels, "demuestra" la naturaleza anticientífica del marxismo, pues fueron sus primeros y más fieles (sic) discípulos los que antes que nadie se cercioraron de los errores del marxismo. Sin embargo, a la altura del conocimiento histórico y teórico actual, esta afirmación es absolutamente insostenible, de no ser que se quiera legitimar el orden capitalista. Y por otro lado, esa misma maquinaria intelectual, más la propia socialdemocracia, sostienen que el stalinismo es el auténtico marxismo, y que el fracaso de la URSS es la certificación de la "muerte del marxismo". No podemos responder ahora a estas afirmaciones. Mientras, el anarquismo, bastante menos atacado por la prensa especializada burguesa, puede ocultar su absoluto fracaso práctico desde antes incluso de la formación del marxismo. La intelectualidad burguesa y la reformista en modo alguno entrar a saco de la experiencia histórica anarquista, sino que sólo atacan el comportamiento de los grupos anarquistas cuando se producen oleadas de contestación generalmente juvenil y estudiantil. Lo que busca la burguesía no es entrar a un debate a fondo, sino en movilizar reaccionariamente a la sociedad contra la juventud, nada más.

Dos, la relativa dificultad del aprendizaje del método marxista, científicamente riguroso y exigente con la metodología del pensamiento dialéctico, hace que muchos jóvenes militantes desistan de aprender el manejo intelectual del marxismo. Además, a esto hay que unir las consecuencias del punto anterior en lo relativo a la perniciosa vulgarización superficial, mecanicista y dogmática impuesta por el stalinismo. Pero lo peor no es el vaciamiento interno del marxismo sino el hecho de

que los partidos stalinistas impusieron una absoluta separación entre la práctica y la teoría, rompiendo y prohibiendo la crítica dialéctica, de modo que las "escuelas de formación de cuadros" eran mecanismos de imposición dogmática. Si a esto unimos el silenciamiento y la represión de las aportaciones teóricas de centenares de marxistas no stalinistas, no sólo de los anti-stalinistas, entonces comprendemos que la mayoría de la juventud militante se tope con grandes obstáculos para aprender a usar en su práctica la teoría marxista. Mientras, el anarquismo tiene la "ventaja" de una palabrería fácil, superficial y llena de tópicos heredados del socialismo utópico de los dos primeros tercios del siglo XIX. Resulta muy fácil, comparado con el marxismo, usar la terminología anarquista porque, como veremos luego, proviene en un simple endurecimiento por la izquierda de lo más radical, originario y progresista del democraticismo y del socialismo utópico.

Tres, la disciplina consciente y el rigor práctico de la militancia marxista tan arduas y ásperas para los anarquistas, nacen de los análisis estratégicos de contexto y los tácticos de coyuntura, e imponen criterios de prioridad a determinadas cuestiones y de secundariedad a otras, con los problemas de explicación teórico-política y de organización táctica que ello implica. El marxismo no concibe ninguna lucha sin un análisis concreto de su realidad concreta, y sin la práctica consecuente de las lecciones que se han extraído del estudio. Tal exigencia, esencial en el método dialéctico y materialista, conlleva el que la práctica posterior se acerque lo más posible a la estrategia y la táctica sustentadas en dicho estudio. La disciplina consciente es aquí decisiva, como también lo es la explicación democrática, científica y fácil de las razones y de los objetivos. Mientras, el anarquismo permite una "libertad" de interpretaciones y conclusiones que a su vez propician otra "libertad" similar en los campos y formas de acción. Más aún, en el caso de la juventud, el anarquismo tiene la "ventaja" de que, en apariencia pero sólo en apariencia, va directamente al fondo del problema al moverse con conceptos vagos y absolutos como "individuo", "libertad", "tiranía", "opresión", etc. El marxismo también los emplea pero dentro de una totalidad teórica que les dotan de contenidos mucho más ricos, y por ello obliga al que los usa -desde el marxismo- a una sofisticación teórica y rigor práctico muy superiores. Cuando la juventud acude en masa a la lucha lo primero que busca y necesita es la acción práctica, y está bien que así sea. Aparece claramente entonces la "ventaja" del anarquismo sobre el marxismo. Los dos insisten en la acción, pero el primero no insiste tanto como el segundo en la teoría, y éste, el marxismo, sin menospreciar nunca la acción, sí insiste en saber guiarla teóricamente, en saber invertir mejor las fuerzas, en saber cuáles son los eslabones débiles de la cadena opresora, porqué golpearlos y no perder el tiempo en los eslabones fuertes, cómo golpearlos y qué hacer después de romper la cadena.

Y cuatro, la exigencia marxista de verificación práctica y autocrítica de los resultados obtenidos en la lucha, exigencia que viene de la esencia revolucionaria y científica del método dialéctico, sólo puede realizarse eficazmente si existe un medio organizado de debate y de práctica relacionada internamente con la teoría; es decir, si la organización revolucionaria está pensada para asegurar la metodología democrática de investigación y debate. Toda organización exige una disciplina de funcionamiento, y todo método riguroso de debate autocrítico exige de una disciplina colectiva anterior, simultánea y posterior. Del mismo modo que cualquier ciencia concreta, salvando las distancias, tiene sus necesarios protocolos e impone por ello una metodología disciplinadora del proceso científico, exactamente sucede lo mismo en el marxismo, pero con el agravante de que aquí la relación entre las condiciones objetivas y la conciencia subjetiva es mucho más compleja. Además, nada de esto se entiende si se le aísla de los tres puntos antes vistos pues se trata de una totalidad, de un sistema. Pues bien, cuando la juventud sin apenas formación ni experiencia se involucra en la lucha, no se detiene a pensar en lo aquí dicho por que la gran mayoría de los jóvenes buscan en primer lugar los resultados inmediatos, desanimándose si estos no llegan o cansándose y hasta abandonando ante las presiones del poder adulto, familiar, estudiantil, etc. Conocemos de sobra con qué facilidad aparecen, engordan, se estancan, enflaquecen y se extinguen organizaciones juveniles anarquistas y no marxista, e incluso "marxistas" dogmáticas. La gran "ventaja" del anarquismo es está en gran medida libre de esas autoexigencias permitiendo que cada cual aplique criterios muy laxos e individualistas de autodisciplina y autocrítica.

Pese a estos iniciales obstáculos y desventajas del marxismo en comparación al anarquismo, la balanza de la experiencia histórica se ha inclinado a favor del marxismo. Las causas hay que buscarlas precisamente en que dichos obstáculos iniciales son en realidad fuerzas tendenciales de crecimiento a medio y largo plazo. Consideradas a grandes rasgos ocho diferencias tácticas entre el marxismo y el anarquismo, podemos ver cómo todas y cada una de ellas han terminado por reforzar la teoría marxista.

La primera hace referencia a la primacía que el marxismo otorga a la dialéctica de las contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción, como núcleo duro de la concepción materialista de la historia. El anarquismo, que inicialmente estaba de acuerdo en todo con esta concepción, sin embargo se fue distanciando no de ella en cuanto tal, sino de su aplicación práctica en los análisis estratégicos y en las síntesis teórico-prácticas consiguientes. Muchas buenas obras anarquistas, sin embargo, adolecen de una sustentación científico-crítica, en el sentido marxista. Y esta debilidad es manifiesta en todo lo relacionado con la crítica radical de la economía política burguesa, de las leyes de movimiento de las contradicciones irreconciliables que minan al capitalismo. Siglo y medio de lucha revolucionaria ha concluido por cerrar definitivamente el debate.

La segunda hace referencia a la otra primacía irrenunciable del marxismo, que es la que otorga a la dialéctica materialista en cuanto método de pensamiento capaz de captar las leyes básicas y generales del movimiento de la naturaleza, de la sociedad y del conocimiento humano. El anarquismo prestó mucha menor atención a esta otra prioridad del marxismo. De hecho, el conocimiento de la dialéctica hegeliana y de la filosofía idealista alemana era muy precario y superficial en los primeros y decisivos fundadores del anarquismo, y esta preocupante limitación inicial se ha ido agravando con los años pese a que todos los avances científicos posteriores han confirmado y mejorado -síntesis dialéctica- las primeras bases de la dialéctica materialista, muchas de ellas enunciadas con restringida base de sustentación empírica y epistemológica pero con suficiente solidez hipotética.

La tercera hace referencia a la importancia que el marxismo otorga a la organización política estable dedicada a expandir la conciencia revolucionaria dentro del pueblo trabajador. Es cierto que algunas corrientes anarquistas también se estructuran en forma de organización con algunas inquietudes políticas, pero el anarquismo no presta apenas atención a la política en cuanto síntesis y quintaesencia de las relaciones antagónicas entre la explotación y la liberación, que es como la entiende el marxismo. Esta diferencia es muy importante porque se sustenta, a su vez, en una teoría sobre la conciencia de clase que inicialmente estaba apuntada sólo en sus puntos nodales pero que fue enriqueciéndose y ampliándose con las experiencias posteriores, avance teórico que no se aprecia en el anarquismo. Y la teoría básica de la conciencia de clase, de las clases mismas, llevaba en su interior también el embrión de una teoría de la psicología humana en el capitalismo -la decisiva teoría de la alienación- que ha demostrado su valía al engarzar con el mejor psicoanálisis, con la antipsiquiatría y con la psiquiatría crítica. Desde el marxismo, que no desde el stalinismo y la socialdemocracia, la acción política revolucionaria es inseparable de la desalienación y de la superación de la falsa conciencia, de la reificación y cosificación. El anarquismo ha avanzado muy poco en este decisivo tema pese a la insistencia que hace en la "libertad individual".

La cuarta hace referencia al paso siguiente en la lógica de lo político como quintaesencia de las contradicciones sociales, a saber, la teoría de la organización revolucionaria como expresión material en el capitalismo de la democracia socialista y de la dictadura del proletariado. En contra de la fácil y hueca palabrería, el funcionamiento burocrático, vertical y dirigista de una organización, eso que eufemísticamente se licúa con la excusa del llamado "culto a la personalidad", esa degeneración está tan presente en la mayoría de los anarquismos como en el stalinismo, mientras que apenas aparece o lo hace con mucha menos intensidad en las organizaciones y/o partidos revolucionarios marxistas. La burocratización y el dirigismo vertical son tanto más fáciles cuanto menor es el funcionamiento práctico de las cuatro desventajas del marxismo con respecto al anarquismo arriba vistas, que son efectivas garantías del funcionamiento

interno adecuado a las necesidades revolucionarias. O dicho a la inversa, cuanto más se aplican las "ventajas" del anarquismo más fácil es el dirigismo vertical y burocrático de un líder, y más difícil es obtener el equilibrio entre la necesidad de la crítica y la necesidad de la cohesión práctica.

La quinta hace referencia al problema de las relaciones con el pueblo trabajador, con los diferentes sectores de la clase obrera y con el movimiento obrero organizado en sindicatos sean reformistas y amarillos, sean revolucionarios y sociopolíticos. El marxismo ha sido desde siempre tajante desde su concepción política y su profundo conocimiento de la complejidad siempre cambiante de la fuerza de trabajo social y de las relaciones entre la conciencia-en-sí y de la conciencia-para-sí de la clase obrera. En este sentido, las críticas a los sindicatos y a sus limitaciones son permanentes desde hace siglo y medio, pero a la vez la insistencia en llevar una tenaz práctica concienciadora político-económica que supere la tendencia al economicismo reformista. Recuérdese que hablamos de marxismo y no de stalinismo y menos aún de socialdemocracia. Por el contrario, el anarquismo en su conjunto tampoco ha prestado tanta atención a esta problemática decisiva, y a lo sumo ha desarrollado el sindicalismo-revolucionario destinado a suplantar a la "politiquería" de los partidos, y avanzar dentro de la sociedad capitalista algunas de las características de la sociedad anarquista del futuro.

La sexta hace referencia a la importancia que el marxismo otorga a la acción revolucionaria en el frente electoral e institucional, frente secundario pero que refleja aproximadamente, entre otras cosas, la relación de fuerzas existente en cada momento. Al ser un frente secundario, es por ello mismo un frente no siempre obligado ni necesario ciegamente, dependiendo de la coyuntura y del contexto en el que se realice. Y este frente va unido al problema permanente de la relación entre las reformas y las conquistas parciales, entre los objetivos tácticos y los fines estratégicos, entre los avances parciales y la imposibilidad última de mejorar cualitativamente la situación del pueblo trabajador en el capitalismo. Una de las bazas del reformismo ha sido la del desprecio por parte de las izquierdas revolucionarias de estas problemáticas y de las posibilidades relativas que ofrece. Pero, de entre las izquierdas, el anarquismo se ha caracterizado por su total desprecio y hasta por su ridiculización. Por el contrario, las izquierdas que sí se han preocupado por intervenir también ahí lo han hecho, en la mayoría de los casos, insistiendo correctamente en que lo decisivo de cualquier práctica electoral e institucional radica en la dinámica de calle, de fábrica, etc., en la creación de un poder popular de base que controle desde la práctica la intervención institucional y electoral. Sin embargo, el anarquismo se desentiende de esta problemática.

La séptima y última diferencia es la que concierne a la teoría del Estado. Ambos afirman muy correctamente que hay que avanzar hacia la extinción histórica del Estado pero la diferencia surge en el cómo y en el cuándo. El marxismo sostiene que a la vez que se destruye rápida y definitivamente el Estado burgués, garante de la dictadura del capital, hay que mantener sin embargo un Estado obrero en proceso de autoextinción desde el primer día de su existencia, y que el Estado obrero en autoextinción es necesario para garantizar la democracia socialista y asegurar el desarrollo revolucionario. El anarquismo sostiene que hay que destruir el Estado burgués pero que no hay que crear a la vez ningún otro obrero en autoextinción porque, de ser así, se regenerarían de inmediato los peores vicios autoritarios del ser humano. En la apariencia de las frases pomposas y carentes de contrastación histórica, la tesis anarquista es más atrayente y fácil de imaginar que la marxista que exige, como en todo, una explicación teórica. Sin embargo, este debate que tenía importancia en la segunda mitad del siglo XIX, fue perdiendo valor en la medida en que todo el siglo XX ha demostrado que las clases, naciones y mujeres oprimidas necesitan objetiva y subjetivamente de un aparato estatal en autoextinción cualitativamente diferente al capitalista. Nada de la experiencia y de los logros revolucionarios -que los ha habido y muchos- realizados en este período por las masas explotadas se comprende sin el apoyo de un poder popular revolucionario que ha tomado, entre otras, la forma de Estado obrero.

Como se comprueba no hemos calificado como "diferencia táctica" lo que muchos anarquistas achacan al marxismo de haber abandonado la cotidianeidad, la relación entre la vida privada y la pública, la emancipación del cuerpo y de la sexualidad, la lucha por otra sanidad, pedagogía, etc.

No es cierta esta acusación. El marxismo ha prestado tanta o más atención a estos problemas como el anarquismo. Más aún, lo ha hecho con contundente superioridad teórica y científica provenientes de la superioridad de su método teórico. Una vez más, se confunde interesada y tramposamente la dogmática autoritaria del stalinismo con el marxismo, e incluso el stalinismo no se atrevió a liquidar del todo las conquistas prácticas impresionantes logradas en estas reivindicaciones por y en los procesos revolucionarios. Otro tanto hay que decir de las relaciones del marxismo con los feminismos, con el ecologismo, etc. Aquí, como en otras cosas, es llamativa la coincidencia de las críticas anarquistas al marxismo con las tergiversaciones de la historia real que hace la historiografía burguesa.

En la práctica, las siete diferencias tácticas se han plasmado en un hecho innegable: los procesos revolucionarios habidos hasta el presente, y todo indica que seguirá siendo así, se han caracterizado por ir esencialmente unidos a su ubicación, contenido y continente nacional. Es decir, como ya se indicó en los primeros textos marxistas de antes de la mitad del siglo XIX, los procesos revolucionarios se moverían en la dialéctica de lo nacional e internacional, como ha sido, está siendo y será. Pero el anarquismo, a excepción de genéricas afirmaciones sin concreción material, ha despreciado olímpicamente la llamada "cuestión nacional", tema que sin embargo está en el núcleo duro del materialismo histórico y de la dialéctica del desarrollo desigual y combinado, componentes esenciales del marxismo. Más aún, la experiencia histórica muestra, primero, que los procesos revolucionarios que han triunfado han sido aquellos en los que la opresión nacional era una contradicción antagónica asumida conscientemente por las organizaciones revolucionarias; segundo, que los procesos revolucionarios que han menospreciado estos problemas o que han pospuesto su resolución para un futuro indefinido, han terminado por estancarse y fracasar; tercero, que las izquierdas que han dejado en manos de las derechas los profundos y complejos sentimientos nacionales, populares, culturales, simbólicos, etc., en realidad han dejado en manos de la clase dominante un polifacético y polivalente campo de manipulación y control social; y, cuarto, que en las crisis prerrevolucionarias el capitalismo, monopolizador de los contradictorios sentimientos nacionales despreciados por las izquierdas, los ha manipulado, ha aplastado sus contenidos democráticos y progresistas desarrollando y oficializando sus contenidos reaccionarios, racistas y machistas para, con la fuerza irracional así activada, proceder a aniquilar mediante el terror y con el apoyo de las masas alienadas a las organizaciones revolucionarias.

La experiencia abertzale no niega nada de esto sino que lo confirma, y no vamos a extendernos en la responsabilidad reaccionaria del stalinismo español en todas sus variantes y sobre todo del eurocomunismo, en la década de 1970 y posterior. Pero tampoco tenemos que olvidar el comportamiento del anarquismo con su indiferencia suicida ante la opresión nacional, lo abstracto de sus tesis y, en la práctica, lo beneficioso que ha sido para el Estado nacionalmente opresor tal indiferencia. En este sentido, la experiencia abertzale confirma también que el marxismo es la teoría que más ayuda a la independencia nacional del pueblo trabajador, como lo ha sido, con todos sus problemas, en el resto de luchas de liberación nacional y social. El anarquismo, si quiere aportar ideas cualitativamente innovadoras y decisivas para la emancipación vasca, debe introducir en su cuerpo teórico ideas que surgieron después de su formación, ideas a las que se ha enfrentado desde entonces. No es una tarea fácil sino prácticamente imposible porque para lograrlo el anarquismo debería reestructurar de arriba abajo y también en su interior el modelo entero de su ideario. Podríamos usar el símil del edificio viejo que debe albergar además de nuevos sistemas de electricidad, agua, ascensores, muebles, sistemas aislantes y seguros contra terremotos e incendios, etc., también y sobre todo a mucha más gente sin tocar los cimientos, las paredes y las habitaciones. Imposible.

Sin embargo, el marxismo sí puede integrar y asumir el grueso de las aportaciones anarquistas, que también las hay, porque su estructura conceptual lo permite y lo exige. El ejemplo más válido es precisamente el de la independencia de Euskal Herria. El pueblo trabajador vasco necesita asumir todos los logros y avances progresistas provenientes de las luchas y experiencias. Lo necesita por el mismo contenido dialéctico del proceso revolucionario. De hecho, eso es lo que la izquierda

abertzale lleva haciendo en todos los campos en los que otras organizaciones no abertzales han tenido la razón y han comenzado antes la lucha. La izquierda abertzale ha sabido y podido integrar esas aportaciones porque dispone de una verdadera ventaja estratégica consistente en haber acertado antes que nadie la naturaleza del proceso independentista y socialista. Es la dialéctica del todo y de las partes. El todo lo pensó y lo desarrolla la izquierda abertzale, y algunas partes de las contradicciones que nos afectan las han pensado y aportado izquierdas no abertzales. A otra escala, sucede lo mismo entre el marxismo y el anarquismo.

Euskal Herria 2002/3/9
Iñaki Gil de San Vicente